

CUARESMA, O CÓMO VOLVER A SER NOSOTROS MISMOS

FRANCISCO GARCÍA MARTÍNEZ

“Un experto en computadoras descubre que su mundo es una simulación total creada con maliciosas intenciones por parte de la ciberinteligencia.”

Así define wikipedia la película *Matrix*. Una película que parecía dar una vuelta de tuerca a las películas de ficción y que fue tuvo éxito hasta convertirse en una película de culto. Sin embargo, apenas hemos notado la similitud de la idea central de la película con la predicación que la Iglesia lleva ofreciéndonos durante siglos. Alguien ha puesto en evidencia que estamos en un mundo de simulación. Y esa simulación proviene de intenciones perversas, las de un enemigo invisible que busca robarnos la vida. La cuestión de fondo es cómo salir de ahí, aunque para eso primero tenemos que darnos cuenta que estamos justamente ahí dentro.

La cuestión central que plantea la película es la de “ir a la verdad”; este el argumento principal, la lucha constante para librarse de *Matrix*, para ir al lugar de la propia verdad que curiosamente se llama Sión.

El miércoles de ceniza leemos en la profecía de Joel:

*“Tocad las campanas de Sion,
convocad a la asamblea.
Venid todos juntos a Sion”.*

Venid todos juntos... porque allí se conserva la vida verdadera. Pero ni los que dominan la simulación quieren que vayamos a Sion, ni nosotros tenemos demasiadas ganas de ir, porque Sion es el mundo de nuestra pobreza, un mundo decepcionante en comparación con el dela simulación. La pobreza de lo que somos al final fin y al cabo, al fin del todo.

Sion parecería ser, si seguimos la película el mundo del desierto, el desierto al que no tenemos que ir, porque lo llevamos dentro. Es el desierto que se nos evidencia, de repente, en un sinfín de situaciones en las que nos damos cuenta que no podemos sostenernos por nosotros mismos en la vida, que no podemos sostenernos en la admiración que generamos, tampoco en la amistad de otros.... Porque todo pasa, y todo es en su más profunda esencia insostenible por nuestras propias fuerzas. Cuando nos damos cuenta que nosotros mismos somos como polvo que se lleva el viento.

Ven al desierto. Tocad las campanas y venid al desierto. De eso se trata la cuaresma, no de otra cosa.

Ir al desierto es dirigirse a ese lugar donde está nuestra verdad, esa pobreza originaria que somos. *Creados de la nada*, decimos los cristianos. Llamados por un don de vida que nos encontramos en nosotros sin habérselo dado a nosotros mismos, y sin el que no somos nada. ¿No lo experimentamos a cada paso, si nos atrevemos a mirar?

Pero nuestro miedo al experimentar la vida, nos hace crear una simulación, simulación que tomas muchas formas. Una simulación que nos hace creer que nos sostenemos, que somos nosotros mismos por nosotros mismos.

Ir al desierto es ver hasta qué punto somos una “nada”, que además se agrade, que tiende a anonadarse en su expresión de seres plurales llamados a una vida común. Nos hacemos daño, mucho daño, continuamente. Y es esta agresión de unos a otros para librarnos del miedo al no ser lo que llamamos pecado. Algo así como un cáncer; no células extrañas que nos enfermarían trayendo desde el exterior de nosotros mismos algo distinto de lo que somos; sino nuestras mismas células que se vuelven contra nosotros. Y venir al desierto es reconocer que también somos eso, que somos pobreza originaria y pecado consecuente.

Pero, ¿quién quiere ir ahí? Realmente nadie. ¿A qué ton querríamos ir allí? Cuando escuchamos al profeta Joel: “*vete ahí y llora*”, preferimos decir: “*¿y no podríamos cantar ante Dios distrayéndonos: “carnaval-carnaval”?* ¿No podríamos hacer como si no pasara nada?

¿Por qué querríamos venir a la nada y al pecado que somos? Solo hay una razón: para descubrir nuestra verdad última. No la intermedia, que es esa pobreza y ese pecado, sino la verdad última. Y la verdad última es que siendo nada somos. Y si siendo nada somos, es que alguien quiere que seamos. ¿Por qué? Se trata de un misterio de vida. Un misterio de voluntad: porque quiere dar vida, porque nos quiere, porque nos quiere vivos. Aquí descubrimos que Venir al Desierto es venir a la ciudad de Dios, a Sion. Venir al desierto en Sion es adentrarse a través del desierto en busca de esa voluntad originaria que quiere que existamos y en la cual nos sostenemos, incluso sin reconocerla.

Venir al desierto, en Sion, es descubrir que somos creados, y que somos creados por amor. Pero es difícil reconocerlo... Implica venir al fracaso, a nuestros daños, a nuestras heridas y solo se puede ir a ellos sin hundirse, si descubrimos que esto que somos, luz y oscuridad, está arropado por un proyecto de Dios, por una historia que nunca nos abandona, que es eterna, y que por eso por más veces que caigamos está ahí para decirnos “hay futuro”. Ni la nada, ni el caos del pecado rompe nuestro futuro. Nada.

Sin embargo, es necesario atravesar los abismos del miedo a la pobreza y al pecado, hay que confiar en el amor y en el perdón. Qué difícil para nosotros tan presuntuosos como somos por miedo, que nos exhibimos por miedo. Debemos ir justamente a aquel lugar que no podemos exhibir, pues no vale nada, para romper nuestra presunción. Es solo allí donde se puede escuchar con verdad aquella palabra de Dios pronuniada por toda la eternidad: “*Tú eres mi amado, me complazco en ti*”. No es necesario que te presentes de ningún modo, solo que salgas de tu escondite, pues yo me complazco en ti. Pero es tan difícil consentir a esto... En este sentido es más fácil amar que dejarse amar, sobre todo cuando el otro conoce lo que somos de verdad.

Venir a desierto, que es Sion como ciudad de vida, es reconocer que la vida antes o después, y por el camino, se nos escapa de las manos... La enfermedad, los fracasos... ¿Acaso estamos perdidos sin futuro? ¿No hay una ciudad donde descansar?

Estar ahí, desnudos y aguantar delante de Dios es esperar suplicantes esa palabra que nos dice que estamos guardados en la palma de su mano, y que no nos abandona. Por eso el camino cuaresmal no es otra cosa que venir a nosotros mismos. A ese lugar donde somos llamados a nosotros mismos por el único poder de vida real: el de Dios. Dejar de estar distraídos con lo que somos en segundo lugar. Venir a lo originario, a ese originario, que es que Dios nos ha sacado de la ceniza, del barro, para darnos su vida.

¿Os habéis fijado en la luna? ¿Qué es la luna? Un trozo de piedra sin luz, gris como la ceniza. Sin embargo, cuando recibe la luz del sol se hace exuberante. Absolutamente exuberante. Si comprendiéramos esto no nos daría miedo nuestra pobreza, ni nuestro pecado. Y al no darnos miedo ir al desierto a reconocer nuestra pobreza y pecado,

podríamos comprender la pobreza y el pecado de los demás; nos haríamos compasivos. Y entonces no nos heriríamos tanto, sino que seríamos luz de vida unos para otros.

Pero no sabemos hacer esto, por eso la cuaresma es tiempo para suplicar que el Señor nos enseñe, porque Él entró en cuaresma por nosotros, vino a este desierto de pobreza y dolor para acompañarnos, para que no desesperemos. Para decirnos que está justo ahí y prestarnos su fe.

Cuando la Iglesia en la cuaresma nos pide que hagamos oración, nos dice: *Aguanta un momento el silencio, y cuando no oigas nada, dite a ti mismo: "Esto es lo que soy, y sin embargo, soy". Señor, hazme comprender que Tú estás en el fondo de todo. Sosteniendo todo.*

Cuando la Iglesia nos pide hacer ayuno, nos invita a reconocer todo lo que no somos nosotros (vestido, móviles, comida...) y recogernos en lo que somos y sentir que tenemos un vacío que nos traga. Porque eso es el hambre, un vacío que nos traga. Reconocerlo, y decirle al Señor: *Llévame a recibir tu plenitud, porque solo en tu plenitud me sostengo.*

Cuando la Iglesia nos pide hacer limosna, lo que nos está diciendo es: *No sientes en tu pobreza y en tu pecado cómo te necesitan los demás, que también son pobres y necesitan de tus bienes, que también son pecadores y necesitan de tu perdón...*

Que el Señor nos ayude a no volver a la simulación, que nos ayude a dar otro paso más hacia nuestra verdad. Porque en esa verdad, que es Dios y nuestra pobreza, esta la verdadera vida.

